

un manto forrado de espalda de litre de Noruega, que era entre gótico y moderno; usaba peluca como Lamoignon y mangas como Tristán l'Hermitte. Sus grandes y redondos ojos caían sobre Gwynplaine con la fijeza de los del buho.

Andaba cadenciosamente; no es posible ver un hombre tan feroz.

Ursus se perdió un momento en el laberinto de las callejuelas, pero no tardó en volver á encontrar el acompañamiento cerca de Santa María, donde éste tuvo que detenerse por encontrar el parapeto de una turba de niños y de perros que le cortó el paso unos instantes; este incidente es habitual en las calles de Londres, según aseguran los antiguos registros de policía.

Después de todo, es un accidente muy vulgar que los agentes de la policía conduzcan á un hombre ante un magistrado, y como todo el mundo tiene sus asuntos y sus quehaceres, se dispersaron todos los curiosos. Solo ya Ursus seguía la pista de Gwynplaine.

Pasaron por delante de las dos capillas que están situadas una frente de la otra, la de *Recreative Religionists* y la de la *Ligue Halleluiah*, dos sectas de entonces que subsisten todavía.

Después el cortejo serpenteó de calle en calle, eligiendo con preferencia los *roads* (1) no edificadas aun, los *rows* (2), en los que nacía la yerba, haciendo muchos zig-zags. Al fin se detuvo.

Se paró en una callejuela exigua. En ella no había casas, y á su entrada se elevaban dos ó tres moles. Esta callejuela la constituían dos murallas, una á la izquierda, baja, y otra á la derecha, alta. La muralla alta era negra y de masonería, á la sajona, con almenas, con escorpiones (3), con cuadrados de gruesos hierros colocados en aberturas estrechas, pero sin ninguna ventana. Se veía al pie de esa alta muralla, como el agujero debajo de una ratonera, un pequeño postigo elíptico. No había nadie en dicha callejuela, ni tiendas ni transeuntes; pero se oía en ella continuo rumor, como si estuviera paralela á algun torrente; este rumor era de voces y de carruajes. Era probable que hubiese á la otra parte del edificio negro una gran calle, sin duda la principal de Southwark, la que desembocaba por una parte con la calle de Cantorbery y por la otra

(1) Caminos.

(2) Caminos areniscos.

(3) Escorpiones, máquinas de guerra antigua.—(N. del T.)

con el puente de Londres. Si en la longitud de la calle alguien hubiera espionado el acompañamiento de Gwynplaine, fuera de éste, no hubiera visto otro semblante humano que el pálido contorno de Ursus, medio escondido en la penumbra de una esquina de pared: mirando con temor de ser visto, se había apostado en un repliegue que formaba un zig-zag en la calle.

El acompañamiento se agrupó delante del postigo. Gwynplaine ocupaba el centro, pero tenía ahora detrás de él al wapentake con su baston de hierro.

El justicier-quorum levantó la aldaba y dió tres golpes. Abrieron. El justicier-quorum dijo:

—De parte de su majestad.

Una pesada puerta de encina y de hierro giró sobre sus goznes y una abertura lívida y fría se presentó, semejante á la boca de un antro. Una bóveda horrenda se prolongaba en la oscuridad.

Ursus vió cómo Gwynplaine desaparecía por bajo de ella.

## V.

### Sitio siniestro.

El wapentake entró detrás de Gwynplaine, después el justicier-quorum, luego el acompañamiento, y por fin se cerró el postigo.

La pesada puerta volvió á quedar ajustada herméticamente, sin que se viese quién la había abierto ni quién la cerraba. Parecía que los cerrojos se encajasen ellos mismos en sus alvéolos; algunos de esos mecanismos, que inventó el sistema de intimidación de los antiguos tiempos, existen aun en antiguas casas de fuerza; puertas que no tienen portero, hacen que se parezca el umbral de la prision al umbral de la tumba.

Dicho postigo era la puerta baja de la cárcel de Southwark. Nada en este edificio, carcomido y áspero, desmentía el aspecto de prision. La cárcel de Southwark era un antiguo templo pagano construido para adorar á los Mogons, que eran los antiguos dioses ingleses; fué convertido en palacio por Ethelulfe y en fortaleza por San Eduardo, y después instaló allí la prision Juan Sin Tierra, y desde entonces fué la cárcel de Southwark. Atravesaba desde el principio una calle esta cárcel, como á Chenonceaux un río, y fué durante un siglo ó dos *gate*, esto es, puerta del arrabal; después se tapió el pasaje. Aun quedan en Ingla-

## VI.

### Las magistraturas antiguas.

terra prisiones de esta especie; en Londres, Newgate; en Cantorbery, Westgate; en Edimburgo, Canongate.

Casi todas las cárceles de la Gran-Bretaña presentan el mismo aspecto: gran de muralla por fuera y por dentro una colmena de calabozos. Nada es tan fúnebre como esas góticas prisiones, en las que la araña y la justicia tejen sus telas. Se siente ante esas construcciones inclementes y salvajes la misma angustia que se apoderaba de los antiguos navegantes ante los infiernos de esclavos, de que nos habla Plauto, cuando pasaban bastante cerca para poder oír el ruido de las cadenas.

La cárcel de Southwark, antiguo lugar de los exorcismos y de las torturas, tuvo al principio la especialidad de los hechiceros, como lo indican los siguientes versos, grabados en una piedra encima del postigo:

*Sunt arreptitii vesati demone multo.*

*Est energumenus quem demon possidet unus (1).*

Versos que fijan la diferencia entre el demoniaco y el energúmeno.

Encima de esta inscripción estaba clavada en la pared, como signo de alta justicia, una escala de piedra, que en tiempos anteriores fué de madera.

La cárcel de Southwark, hoy ya demolida, daba á dos calles, á las que, como *gate*, servía en otros tiempos de comunicación; tenía dos puertas: la que caía á la gran calle estaba destinada para entrar las autoridades, y la que caía á la callejuela era la puerta del sufrimiento, y estaba destinada para el resto de los vivientes, y además para los muertos; porque cuando un prisionero moría en la cárcel, por dicha puerta sacaban el cadáver.

Por la puerta del sufrimiento acababa de entrar Gwynplaine en la prision. La callejuela, como dijimos, solo era un camino lleno de piedras y de guijarros, cerrado por dos murallas, una frente de otra; pero eran desiguales: la alta era la cárcel y la baja el cementerio; este pudridero mortuorio de la prision no tenía más altura que la estatura de un hombre, y le agujereaba una puerta que estaba frente al postigo de la cárcel. Los muertos solo tenían que atravesar la calle; bastaba dar veinte pasos para entrar en el cementerio. La muralla alta ostentaba una escala patibularia, frente de la que había esculpida en la muralla baja una cabeza de muerto.

(1) En el demoniaco el infierno se alborota; si solo le posee un diablo, no es más que energúmeno.—(N. del T.)

El que en estos momentos hubiera estado al otro lado de la prision, á la parte de la fachada que cae á la calle principal de Southwark, hubiese visto parado, á la puerta monumental y oficial de la cárcel, un coche de viaje. Un círculo de curiosos le rodeaba; estaba blasonado, y vieron bajar de él á un personaje, que entró en la prision, que la multitud creyó que sería un magistrado, porque los magistrados en Inglaterra eran nobles y casi todos disfrutaban del derecho de *ecuage* (1).

En Inglaterra un gentil-hombre aceptaba, como oficio honroso, el de juez.

En la Gran-Bretaña existe el magistrado ambulante, y se llama *juez de circuito*, y por eso no era extraño que el público viese en el citado carruaje la carroza de uno de éstos: lo que era más de extrañar en el supuesto magistrado es que bajara, no de dentro del vehículo, sino del sitio de delante, que habitualmente no es el del dueño. Otra particularidad: se viajaba entonces en Inglaterra de dos maneras: ó en el coche-diligencia, pagando un schelin por cada cinco millas, ó en posta y con gran rapidez, por tres sous por cada milla y dando cuatro al postillon á cada parada; el carruaje propio que le ocurría viajar por recreo pagaba, por cada caballo y por cada milla, tantos schelines como un caballero que corria la posta; y la carroza que estaba parada ante la puerta de la cárcel era tirada por cuatro caballos y llevaba dos postillones, lo que indicaba un lujo de príncipe. Pero lo que acabó de desconcertar todas las conjeturas era que la carroza estaba cuidadosamente cerrada; detrás de sus vidrios se hallaban levantadas las ventanillas de madera, de modo que no permitían ver el interior, lo mismo que todas las aberturas por donde la vista pudiera penetrar en él; desde fuera no se podía ver lo de dentro, y es posible que desde dentro tampoco se pudiese ver lo de fuera. A pesar de esto, parecía que estuviera vacío el carruaje.

Perteneciendo Southwark al condado de Surrey, al sheriff de éste correspondía la cárcel de dicho arrabal. Jurisdicciones distintas eran muy frecuentes en

(1) Derecho que se paga para exceptuarse del servicio ó por ser reemplazado en él.—(N. del T.)

Inglaterra. Así por ejemplo, la Torre de Londres, no estando situada legalmente en ningun condado, estaba en cierto modo en el aire, y no reconocía otra autoridad que la de su constable, calificado de *custos turris*. La Torre de Londres tenía su jurisdicción, su iglesia, su tribunal de justicia y su gobierno aparte. La autoridad del *custos* se extendía fuera de Londres hasta veintiun *hamlets* (1).

El sheriff de una provincia era muy considerado. Era siempre escudero y algunas veces caballero; era calificado de *spectabilis* en los antiguos estatutos, que era el título intermediario entre *illustris* y *clarissimus*, menos que el primero y más que el segundo. Los sheriffs de los condados eran elegidos por el pueblo en tiempos antiguos, pero Eduardo II y después Enrique IV pasaron este derecho á la Corona y desde entonces los nombraban los reyes. Todos recibían esta comisión de su majestad, exceptuando el sheriff del Westmoreland, que era hereditario, y los sheriffs de Londres y de Middlesex, que eran elegidos por la *livery* (2) en el Commonhall. Los sheriffs de Gales y de Chester poseían ciertas prerrogativas fiscales. Todos estos cargos subsisten aun en Inglaterra; pero gastados por el frotamiento de las costumbres y de las ideas, ya no conservaban la fisonomía de los tiempos antiguos. El sheriff de condado tenía el destino de escoltar y de proteger á los "jueces errantes". Así como el hombre tiene dos brazos, este sheriff tenía dos oficiales, su brazo derecho, que era el sub-sheriff, y su brazo izquierdo, que era el justicier-quorum. El justicier-quorum, asistido por el bailío de la centena, que se llamaba *wapentake*, aprehendía, interrogaba y bajo la responsabilidad del sheriff encerraba en la prisión, para que fuesen juzgados por los jueces de circuito, á los ladrones, asesinos, sediciosos, vagabundos y á toda clase de gente felona. La diferencia entre el sub-sheriff y el justicier-quorum en su servicio gerárquico respecto al sheriff, consistía en que el sub-sheriff acompañaba y el justicier-quorum asistía. El sheriff tenía dos tribunales, uno sedentario y central, la *Connty-court*, y otro ambulante, la *Sheriff-Turn*. Representaba la unidad y la ubicuidad. Podía, como juez, hacerse ayudar y delegar sus facultades en las cuestiones litigiosas en un abogado, que se llamaba *sergens*

(1) Aldeas ó pueblecillos.

(2) Cuerpo de ciudadanos de Londres.

*coiffe*, que llevaba debajo del birrete negro una cofia de tela blanca de Cambridge. El sheriff aligeraba de gente las prisiones; cuando llegaba á una ciudad de su provincia, tenía el derecho de despachar sumariamente á los prisioneros, ya sea para darles pronto la libertad, ya para ahorcarlos pronto, á lo que se llamaba: *Goal delivery*. El sheriff presentaba el extracto de la acusación de la causa á los veinticuatro jurados de acusación; si lo aprobaban, escribían encima: *billa vera*; si lo desaprobaban, escribían: *ignoramus*; entonces se anulaba la acusación y el sheriff tenía el privilegio de rasgar el referido extracto. Si durante la deliberación moría uno de los jueces, por ejemplo, el que quería declarar inocente al acusado, el sheriff, que tenía el privilegio de arrestar á aquel, gozaba también del privilegio de ponerle en libertad. Lo que hacía estimar y temer singularmente al sheriff era que podía, por su destino, ejecutar *todas las órdenes de su majestad*, y esta era una latitud muy temible, porque daba cabida á lo arbitrario.

Los oficiales llamados *verdeors* y los *coroners* formaban el cortejo del sheriff, y disponía de un lucido acompañamiento de gentes que iban á caballo y de gentes de librea. El sheriff, según la opinión de Chamberlaine, es "la vida de la Justicia, de la Ley y del Condado".

Invisible demolición pulveriza y disgrega perpétuamente las leyes y las costumbres en la Gran-Bretaña. En la actualidad, volvemos á decir, ni el sheriff, ni el *wapentake*, ni el justicier-quorum desempeñan sus cargos como los desempeñaban antiguamente. Había en la antigua Inglaterra confusión de poderes, y las atribuciones mal definidas se resolvían por medio de usurpaciones, que serían imposibles en la actualidad. La promiscuidad entre la policía y la justicia ha cesado ya: subsisten aun los mismos nombres, pero las funciones se han modificado, y hasta la palabra *wapentake* ha cambiado de sentido; antes significaba una magistratura y ahora significa una división territorial.

En esta época el sheriff de condado reunía y condensaba en su autoridad, real y municipal á la vez, las dos magistraturas que antiguamente se llamaban en Francia lugarteniente civil de París y lugarteniente de policía: al primero lo clasifica bien esta antigua nota de la policía: "El lugarteniente civil gusta de las querellas domésticas, porque lo que producen es para él". El lugar-

teniente de policía era un personaje inquieto, múltiple y vago, del que fué modelo René d'Argenson, que, según dice Saint-Simon, reunía en su fisonomía mezcladas las caras de los tres jueces del infierno.

Estos tres jueces estaban, como hemos visto, en la Bishopsgate de Londres.

## VII.

### Extremecimiento.

Gwynplaine se extremeció al oír que el postigo de la cárcel se cerraba con todos sus cerrojos, pareciéndole que la puerta que se cerraba tras Gwynplaine era la puerta de comunicación de la luz con las tinieblas, y que dejaba á la parte de fuera el hormigueo terrestre y á la de dentro el mundo muerto; esta idea le oprimió el corazón. ¿Qué iban á hacer de él? ¿Qué significaba este encierro? ¿Dónde estaba?

Nada veía á su alrededor, sumido en la oscuridad. Al cerrarse la puerta quedó ciego: no había allí ni respiraderos ni linternas, según las precauciones de los antiguos tiempos, en que estaba prohibido alumbrar el interior de las prisiones, para que los recién entrados no pudiesen reconocer el sitio en que estaban.

Gwynplaine extendió las manos y tocó la pared á derecha é izquierda: estaba en un corredor. Poco á poco la escasa claridad del subterráneo, que no se sabe de dónde sale y que flota en esos sitios oscuros, y á la que se ajusta la dilatación de las pupilas, le hizo distinguir un lineamiento aquí y allá, y ante su vista se bosquejó vagamente el corredor.

Gwynplaine, que solo había entrevistado las severidades penales al través de las exageraciones de Ursus, creía verse asido por una especie de mano enorme y oscura, y es espantoso verse manejado por lo desconocido de la ley. Los bravos ante el peligro se desconciertan en presencia de la ley. Por qué? Porque la justicia del hombre solo es crepuscular, y el juez anda por ella á tientas. Gwynplaine se acordaba de que Ursus le había recomendado la necesidad del silencio; quería volver á ver á Dea, y veía en su situación algo de discrecional que él no quería irritar: á veces empeñarse en ver claro es empeorar la situación.

Tan solo se atrevió á preguntar:

TOMO I.

—Señores, dónde me lleváis?

Pero nadie le respondió.

La ley que rige en las presas silenciosas de las personas así lo disponía. El texto normando dice: *A silentiariis ostio prepositis introducti sunt*.

Este silencio heló á Gwynplaine. Hasta entonces se creyó fuerte y se bastaba á sí mismo, porque bastarse es ser potentes. Había vivido siempre aislado, imaginándose que vivir aislados es ser inexpugnables, y de repente se vió bajo la presión de la terrible fuerza colectiva. ¿Cómo combatir con el anónimo horrible de la ley? Este enigma le hacía desfallecer. Miedo desconocido en él encontró el defecto de su armadura; además, ni había dormido aquella noche, ni comido; apenas había tomado una taza de thé. De su delirio é insomnio nocturnos aun le quedaba la fiebre; tenía sed y quizás hambre, y el estómago vacío trastorna todo nuestro sér. Las emociones que le atormentaban le sostenían: sin el huracán, la vela sería un trapo; pero la debilidad profunda del harapo, que el viento hincha hasta que lo desgarran, él la sentía, viendo aproximarse el fatal momento. Caería al suelo sin sentido? Encontrarse mal es un recurso para la mujer y una humillación para el hombre; procuraba mantenerse firme, pero temblaba. Sentía lo que siente el que se le van los piés.

## VIII.

### Gemido.

Se pusieron en marcha: avanzaron por el corredor.

El acompañamiento tuvo que estrecharse y tomar la forma del corredor; iban uno á uno: primero el *wapentake*, en seguida Gwynplaine, luego el justicier-quorum, después los agentes de policía, confundidos y tapando el corredor detrás del saltimbanqui: el paso se estrechaba, y ya podía Gwynplaine tocar la pared con los dos codos; la bóveda de guijarros, lucida con cimientos, tenía por intervalos arcos de granito salientes, y era necesario bajar la cabeza para pasar por ellos; no era posible correr allí: hasta el fugitivo se vería obligado á andar con lentitud: este foso hacia rodeos; todas las entrañas son tortuosas, las de la prisión como las del hombre; aquí y allá, á derecha é izquierda, presentaba grandes aberturas en la pared, cuadradas y cerradas con hierros gruesos, que dejaban entrever escale-

ras, unas que subian y otras que bajaban. Llegaron á una puerta cerrada: se abrió; pasaron y se volvió á cerrar. Despues se encontraron con la segunda puerta, que les abrió el paso; despues con la tercera, que giró ella misma sobre sus gonces, como las otras dos. No encontraron á ningun sér humano. Al mismo tiempo que el corredor se estrechaba, se bajaba la bóveda, y llegaron á no poder andar más que con la cabeza inclinada. La pared sumaba: caian de la bóveda gotas de agua, y estaban viscosas las losas que cubrian el pavimento. La palidez difusa, que hacia las veces de claridad, era cada vez más opaca: se respiraba mal, y lo más lúgubre era que andaban descendiendo.

Era preciso fijarse mucho para apercibirse de que se descendía. En la oscuridad la pendiente más suave es siniestra, y nada es tan temible como las tinieblas á las que se desciende por pendientes insensibles.

Cuánto tiempo andaron de este modo? Gwynplaine no lo sabia; los momentos de angustia se prolongan indefinidamente. De pronto pararon. La oscuridad era espesa. De repente se ensanchó el corredor.

Gwynplaine oyó cerca de sí un ruido extraño, como el ruido de un golpe dado en el diafragma del abismo. Lo causaba el wapentake chocando su baston contra una lámina de hierro; esta lámina era una puerta, pero no una puerta que gira, sino que se levanta y se baja, una especie de compuerta.

Oyó Gwynplaine el frote estridente en una ranura, y brilló ante sus ojos un trozo cuadrado de luz; era que la lámina subió y se metió en una hendidura de la bóveda, dejando una gran abertura. La luz que entraba por ella era descolorida, pero para las pupilas dilatadas de Gwynplaine, esa claridad brusca fué al aparecer como la luz de un relámpago y quedó un rato sin ver, porque discernir en un deslumbramiento es tan difícil como de noche. Despues, la vista del saltimbanqui se amoldó á la luz como se habia amoldado á la oscuridad, y acabó por ver bien; la claridad, que al principio le pareció demasiado viva, concluyó por parecerle lívida, como era, y dirigió las miradas á la abertura abierta ante él, y lo que vió le llenó de espanto.

Á sus piés, unos veinte escalones, altos, estrechos, casi á pico, sin pendiente á derecha ni á izquierda, especie de creta de piedra semejante á una pared hecha

con declive de escalera, descendian y se hundian en un subterráneo muy profundo.

Este subterráneo era redondo, con bóveda ojiva de arco rampante, por motivo de la falta de nivel de las impostas, dislocacion propia de los subterráneos sobre los que crecen pesados edificios. La especie de cortadura que servia de puerta, y que la lámina acababa de descubrir, en la que desembocaba la escalera, estaba entallada en la bóveda, de modo que desde su altura la vista se hundia en el subterráneo como dentro de un pozo.

El subterráneo era vasto, y si era el fondo de un pozo, era el fondo de un pozo ciclopeo; y no estaba empedrado ni enladrillado, tenia el piso de tierra húmeda y fria de los sitios profundos.

En medio del subterráneo cuatro columnas bajas y deformes sostenian un pórtico, pesadamente ojival, cuyas cuatro molduras, reuniéndose en su interior, presentaban el aspecto de una mitra por dentro. Este pórtico, semejante á los pináculos, debajo de los que, en los antiguos tiempos, se metian los sarcófagos, subia hasta la bóveda, y formaba dentro del subterráneo una especie de cámara central, si cámara puede llamarse un compartimiento abierto por todas partes y que tiene en vez de cuatro paredes cuatro pilares.

De la clave de la boveda del pórtico pendia una linterna de cobre, redonda y enrejada como la ventana de una prision. La linterna lanzaba á su alrededor, á los pilares, á las bóvedas y á la pared circular que se entreveia vagamente detrás de los pilares, lívido resplandor entrecortado por rayas de sombra; esta claridad fué la que deslumbró á Gwynplaine y ahora era para él un turbio resplandor. No habia otra luz en el subterráneo, ni ventana, ni puerta, ni respiradero.

Entre los cuatro pilares, y precisamente bajo de la linterna y en la parte más luminosa, se veia una silueta blanca y terrible en el suelo. Estaba echada en él de espaldas y presentaba en su cabeza ojos cerrados, un cuerpo cuyo torso desaparecia debajo de no sé qué monton informe, cuatro miembros atados al torso en forma de cruz de San Andrés y tirando hácia los cuatro pilares por cuatro cadenas atadas á los piés y á las manos; estas cadenas iban á parar á una argolla situada debajo de cada columna. Esa forma, inmovilizada en la posicion atroz del descuartizamiento,

presentaba la lividez fria del cadáver: era un hombre y estaba desnudo.

Gwynplaine, petrificado, lo contemplaba desde lo alto de la escalera.

De repente oyó un estertor: el cadáver vivia aun.

Cerca del espectro, en una de las ojivas del pórtico, á los dos lados de una gran silla con brazos, que estaba colocada sobre una gran piedra lisa, estaban de pié dos hombres vestidos con largos sudarios negros, y en la silla se sentaba un anciano envuelto en una toga roja, pálido, inmóvil y siniestro, y sosteniendo en la mano un ramillete de rosas.

Por el ramillete lo comprenderia todo otro hombre menos ignorante que Gwynplaine. El derecho de juzgar, con un ramo de flores en la mano, caracteriza al magistrado real y municipal á la vez. El lord-maire de Lóndres juzga aun así en la actualidad. Ayudar á que los jueces juzguen era el destino de las primeras rosas de la estacion.

El anciano, que estaba sentado en el sillón, era el sheriff del condado de Surrey. Tenia la rigidez majestuosa de un patricio romano.

El sillón era el único asiento que habia en el subterráneo; al lado del sillón se veia una mesa llena de papeles y de libros, y entre éstos la vara larga y blanca del sheriff.

Los hombres que estaban derechos á la derecha y á la izquierda del sheriff eran dos doctores, uno en leyes y otro en medicina. Los dos vestian el traje negro del juez y del médico: esta clase de hombres llevan luto por las muertes que causan.

Detrás del sheriff, en el reborde del escalon que formaba la piedra lisa, estaba acurrucado un escribano con peluca redonda, teniendo un tintero cerca de él, sobre las losas; un cuaderno de cartón sobre las rodillas, una hoja de pergamino sobre el cuaderno, y con la pluma en la mano en actitud de escribir.

Pegado á uno de los pilares habia un hombre vestido de cuero y con los brazos cruzados; era el criado del verdugo.

Las figuras que acabamos de describir, inmóviles cada una en su postura fúnebre, parecia que estaban encantadas alrededor del hombre encadenado; ninguna se movia ni hablaba. Reinaba allí una tranquilidad monstruosa.

Aquel sitio era un subterráneo penal; estos subterráneos abundaban en Inglaterra. La cripta de la Beauchamp-Tower sirvió mucho tiempo para esos usos, lo

mismo que el subterráneo de Lollards-Prison. Todas las prisiones de la época de King-John tenian su subterráneo penal, y la cárcel de Southwark era una de ellas.

Lo que vamos á describir sucedia entonces con frecuencia en Inglaterra, y podria hoy dia ejecutarse como procedimiento criminal, porque todas aquellas leyes subsisten aun. La Inglaterra ofrece el curioso espectáculo de un código bárbaro, que vive en buena inteligencia con la libertad. Sin embargo, debia desconfiarse de esto, porque si sobreviniese una crisis, no seria imposible que reviviese la antigua penalidad. La legislacion inglesa es un tigre aprisionado; le han cubierto las patas de terciopelo, pero conserva siempre las garras: cortar las uñas á las leyes seria lo más prudente.

La ley casi ignora el derecho. Debe haber en ella por una parte penalidad y por otra humanidad. Protestan contra ella los filósofos, pero aun pasará mucho tiempo antes que la justicia de los hombres se confunda con la verdadera justicia.

El respeto á la ley es la máxima inglesa; se veneran allí tanto las leyes que no las derogan nunca, pero aunque se veneran, no se ejecutan. La ley antigua cae en desuso como una mujer vieja, pero ni se mata á la una ni á la otra; no se practican, y quedan en libertad de creerse siempre hermosas y jóvenes; se las deja soñar que viven; esta cortesía se llama respeto.

Las costumbres normandas son viejas muy arrugadas, pero esto no impide que los jueces ingleses les pongan los ojos tiernos; conservan cariñosamente las antiguallas atroces, si son normandas. Hay algo más feroz que la horca? En 1867 condenaron á un hombre á ser descuartizado y ofrecieron sus restos á una mujer, á la reina (1).

La tortura no ha existido nunca en Inglaterra, segun dice la historia con admirable aplomo. Maltrieu de Westminster toma acta de que la ley sajona, muy clemente, no condenaba á muerte á los criminales, y añade: "Se limitaba á cortarles la nariz, á vaciarles los ojos y á cortarles las partes que marcan el sexo."

No hacia más que esas frioleras la clemente ley sajona.

Gwynplaine, aterrado en lo alto de la

(1) Feniano Burke, Mayo de 1867.